


## H. Arendt en J. Kohn (ed.), *Libertad y política: Una conferencia*, Página Indómita, Barcelona, 2023, 96 pp.

Alejandro Piñuela de las Heras  
Universidad Autónoma de Madrid 

<https://dx.doi.org/10.5209/rpub.103420>

¿Dónde sitúa el hombre contemporáneo a la libertad? ¿Dónde lo hace el poder? ¿Por qué hemos de preservar una libertad en una sociedad occidental cuyas dinámicas abrazan sin reparos liberalidades nunca antes contempladas bajo la afilada luz de la Historia? ¿Entiende la política actual el carácter trascendente e íntimamente interconectado del concepto *libertad*? ¿Cómo ha afectado el idiosincrático pasado de nuestra civilización a la hora de perfilar tal concepto?

El 22 de mayo de 1958, la brillante escritora e intelectual, aún hoy de compleja clasificación, Hannah Arendt, pronunciaba una conferencia en Zurich para tratar de delimitar los conceptos de *libertad* y de *política*, en una compleja inmersión hacia las entrañas del pensamiento histórico occidental, capaz de arrojar luz sobre la consustancialidad entre uno y otro concepto, y sobre cómo la tradición filosófico-cristiana ha impuesto un indeseable distanciamiento entre ambos.

Con el libro *Hannah Arendt; Libertad y política. Una conferencia*, su editor, Jerome Kohn, uno de los más reputados expertos en Arendt y un gran impulsor de su obra, nos ofrece la posibilidad de vislumbrar, a través de la reproducción del texto firmado por la propia autora a partir de las mismas palabras vertidas en Zurich, uno de esos retazos de pensamiento que, asimilados en conjunto con la inefable amplitud de una obra repleta de texturas y matices, permite al lector esclarecer cuál era para la brillante filósofa una de las columnas salomónicas de lo que se ha venido denominando como la “filosofía moral política de Arendt”. Y ello sin temor alguno a que el texto, y las palabras, incisivas, descollantes y premonitorias que lo componen, a pesar de pertenecer a un siglo distinto, a un contexto político diferente, y a un momento histórico aparentemente distante, hayan perdido un ápice de su vigencia. En efecto, es probable que Kohn, más allá de pretender estimular el renacimiento literario de Arendt, haya vislumbrado en la actual coyuntura político-social una oportunidad inestimable para vivificar las palabras proféticas que ya en la década de los 50 del siglo pasado sirvieron de inspiración y alumbramiento para las mentes congregadas en el efervescente foro de Zurich.

Porque en efecto, Arendt, que había experimentado los horrores de la guerra, la depravación del régimen nazi, la esclavitud de su pueblo, y que había escrito enconadamente sobre ello, era capaz de acumular la suficiente astucia como para percibir en el renovado ímpetu libertario de la sociedad de posguerra una paradójica oxidación de la libertad más pura y genuina; inexplicablemente, el novedoso paradigma de libertad traía consigo la corrupción de la libertad como *acción virtuosa*, como ejercicio político.

Y si todo ello no fuera suficiente para corroborar la vigencia de la obra, baste quizá con rescatar algunos de los lúcidos argumentos de Salvador Giner prologando el ensayo cumbre de la autora, *Los Orígenes del Totalitarismo*<sup>1</sup>, cuando refiere la necesidad de tomar como punto de partida “las preguntas específicas de la vida cívica y política cotidiana” para, legítimamente, “teorizar sobre la vida moral de nuestras sociedades”. En otras palabras, deberá darse pronta respuesta a cuestionamientos esenciales dimanantes de las esferas individual y colectiva de nuestra sociedad política, para, en última instancia, cuestionar o debatir respecto al orden general de legitimidad del poder o la autoridad.

En el libro que aquí se reseña, es preciso mencionarlo, el lector se encontrará tempranamente con una sutil, pero a priori impactante dicotomía entre *forma* y *contenido*, y merece tal cuestión unas breves palabras explicativas. El formato propone una sencillísima estructura de cinco capítulos, a lo largo de los cuales se distribuyen las escasas 90 páginas. La compartimentación en dichos capítulos, si bien no es aleatoria, no obsta para la asimilación del texto como una unidad orgánica, que evoluciona progresivamente tejiendo las diversas capas de pensamiento que se solapan sin estructura hasta conformar una suerte de alegato o vindicación ontológica; una ausencia de forma que se salva con elevadas dosis de *verbo*, y que se explica en la propia génesis del texto. La eventual disimilitud que se refiere, surge precisa-

<sup>1</sup> S. Giner, “La filosofía moral política de Hannah Arendt”, en H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 2006, p. 19.

mente de esa aparente sencillez que presenta la publicación y la brevedad inmanente al texto, algo que entra en franca colisión con la hondura filosófica y la erudición que brota de sus proposiciones. En efecto, a lo largo de sus cortas líneas, Arendt es capaz de pintar una escena denodadamente realista de una cuestión que se inserta en el núcleo mismo de la sólida estructura, políticamente articulada, de la sociedad contemporánea.

El capítulo primero introduce los *pre*-conceptos de una forma tan explícita, tan directa y edificante, que no puede evitar desatar una auténtica marejada de asombro; y Arendt escoge este proceder precisamente para establecer así los postulados, las premisas teóricas, las proposiciones, a las que posteriormente, a lo largo de las subsiguientes páginas, irá dotando de contexto histórico-filosófico que enriquece su profunda comprensión, al tiempo que estimula la duda y siembra la más legítima inquietud.

La libertad, nos dice la autora, solo extrañamente se convierte en objeto directo de la acción política. La libertad necesita un *espacio* en el que gestarse; un espacio enteramente coincidente con la esfera pública. La política y la libertad son compatibles en la medida en que una es garantía de la otra (p.18). Y ésta es la base de su planteamiento. La semilla intelectual a partir de la cual germinará todo un alegato en reivindicación de una libertad que la autora entiende como *clásica*.

Así, establecida ya la tesis que ha de prevalecer en la mente del lector, Arendt comienza a desentrañar las incongruencias de las diferentes tradiciones históricas de pensamiento que han llevado a alejar a ambos conceptos hasta desvirtuar la integridad misma de uno y otro, y que han servido incluso para alejar incomprensiblemente del imaginario colectivo tal asimilación.

Una de las asociaciones más firmemente arraigadas es la de libertad y seguridad; un planteamiento hondamente enarbolado por muchos de los pensadores del XVII y del XVIII. Para esta tradición, la libertad sólo era posibilitada por la satisfacción —previa— de la seguridad, entendida ésta como “proceso vital ininterrumpido”. Las teorías formuladas en la edad moderna, separan por tanto libertad y política, en tanto que centran su atención en la acción posibilitadora de la seguridad, al tiempo que rechazan la tiranía. Aquí la autora despliega toda su agudeza para resaltar la paradoja que surge de tales categorías; la tiranía, nos dice Arendt, es en efecto la forma política que consagra su acción a la protección; a la salvaguardia inalienable del *statu quo*. Y con ello, el totalitarismo abandona por completo la política para destruir el elemento de libertad, lo cual permite vislumbrar de nuevo el estrecho vínculo que une a ambas categorías.

En el capítulo segundo, la autora abraza esta línea y predica la libertad a la *acción* —virtuosa—, para desligarla del concepto cristiano de *voluntad*. El Estado, la política, nunca puede aspirar a independizarse de las acciones humanas, pues son éstas las que le confieren vida propia. La acción brota en el espacio político; la libertad nace en él. Sólo en ese espacio la libertad se hace real y se incorpora a la Historia. Igualmente, y en sentido opuesto, una comunidad que no manifiesta la acción de *ser libre*, no puede *ser*

en ningún caso tenida por política. Sencillamente, renuncia a su esencia de colectivo político.

Penetra a continuación la autora en el terreno de la teoría política para perfilar los contornos de las esferas pública y privada, toda vez que su *no-confusión* se torna esencial para la sociedad contemporánea: así, cuando la esfera genuina de la acción política —pública— virtuosa, se plaga de intereses individuales, su misma razón de ser queda pervertida; el individualismo excelso excluye la libertad política, porque ésta se proyecta *hacia* el mundo. La política (capítulo tercero), tiene que ver más con el mundo que con la vida. La libertad presupone la no interferencia de la política en la individualidad —más allá de su afirmación—, lo cual, a su vez, entra en flagrante contradicción con las teorías sociales. Esta noción básica, arguye la autora, ha sido sin embargo ostensiblemente incomprendida por las distintas tradiciones históricas, y precisamente, a raíz de la confusión de esferas, la mayor parte de las conceptualizaciones históricas de *libertad* sustraen a la misma de la esfera genuinamente política, que es a la única a la que legítimamente debiera pertenecer.

Las sociedades en las que históricamente puede encontrarse una noción de libertad más afín a la proposición teórica de Arendt, pertenecen a la Antigüedad Clásica, para las que el *libre albedrío* (entendimiento contemporáneo de libertad) era un predicado mayoritariamente ajeno. En ellas, la libertad era un concepto “radicalmente político”, inextricablemente ligado a la ciudadanía y a su *acción* pública. El cristianismo, por su parte, descubre en el libre albedrío una posibilidad para la experiencia de la *libertad trascendente*, y por tanto enervante de la acción política. La filosofía occidental, sostiene Arendt, comenzó a interesarse por la libertad solamente cuando ésta pasó a ser experimentada en la *voluntad*: autoafirmación soberana individual y voluntad personal de prevalencia.

Hannah dedica varias páginas a desarticular esta hipótesis, que es básicamente la que ha configurado el imaginario colectivo en torno a la noción de la libertad, aduciendo que el hombre, en esencia, no es soberano; que la afirmación de la soberanía de la individualidad equivale a una radical exclusión-negación de la libertad. Este pernicioso prejuicio de asimilación libertad-soberanía, que se remonta a los tiempos de la *estoa* romana, equivale a un radical desplazamiento de la libertad colectiva. Y, para desmontar este prejuicio, la autora reflexiona hondamente sobre la noción de *dependencia* como fenómeno caracterizador de la vida humana.

Ya en el capítulo quinto, la autora regresa al pensamiento clásico para contraponerlo al cristiano, al concepto de “libertad interior” que ha dictado el canon de la cosmovisión occidental de la libertad como fenómeno distanciado de lo político, y lo hace para, finalmente, llamar la atención sobre las cuestiones que ella considera fundamentales: los peligros del totalitarismo como fuerza aniquiladora de la acción —libertad—; la no identificación de ésta como objeto producible, sino como una cadena ensamblada de realidades que materializa una historia cuyo final resulta imprevisible; la perniciosa posibilidad de la automatización de los procesos políticos, esto es, la petrificación del *statu quo*, toda vez que la acción

se ha desvanecido, y con ella el espacio público que la contiene.

Y concluye Arendt vivificando un postulado que cobra vida palpitante a la luz de sus propios argumentos: solo con la preservación de la libertad, puede el hombre —a través de su acción virtuosa— escapar del automatismo “irresistible”. Del don humano de “lograr lo infinitamente improbable” y convertirlo en realidad, depende el milagro de su existencia.

La obra nos ofrece, en fin, una herramienta de incalculable valor, que nos invita a la reflexión serena y al replanteamiento de nuestra posición como individuos en un mundo políticamente hostil a la noción arendtiana de libertad. Se trata de una sutil y erudita panorámica de la historia del pensamiento en torno a la libertad; en torno a una libertad que escapa del estancamiento y de la parálisis. Una libertad viva y vivificadora, que exuda palpito y que teje la Historia. Una libertad que llama a la sociedad-espectadora a abrazar el escenario para, por fin, descollar en una virtuosa actuación, en y para el mundo.

No puede olvidarse que el imaginario político, el pensamiento matérico de Hannah Arendt, surge de, y se proyecta sobre, las urdimbres del totalitarismo, o más bien sobre las condiciones histórico-políticas que coexisten como espontánea conflagración de procesos para posibilitarlo. Y tampoco puede —no debe— olvidarse que dichos condicionantes, o al menos algunos, sobrevivieron al derrocamiento de los totalitarismos hegemónicos y canónicos del XX. Somos nosotros, la civilización occidental contemporánea, por tanto, sus más directos descendientes y, así, sus legítimos herederos. Los dilemas sobre los que Arendt proyectaba sus teorías se encuentran hoy tan vivos como entonces, y así también renace el pensamiento de aquella profeta judeo-alemana que contemplaba *su* mundo con la serenidad suficiente como para admitir la presencia de un mal *normalizado*, pero bajo cuyas elocuentes disquisiciones se transluce sin duda el temperamento esperanzado de una intelectual que atisba en el horizonte la posibilidad ineludible de una redención.